

MOMENTO DE ORACIÓN

¿Quién puede subir al monte del Señor?
 ¿Quién puede estar en el recinto sacro?
 El hombre de manos inocentes, y puro corazón,
 que no confía en los ídolos
 ni jura contra el prójimo en falso.

Ése recibirá la bendición del Señor,
 le hará justicia el Dios de salvación.
 Éste es el grupo que busca al Señor,
 que viene a tu presencia, Dios de Jacob.
 (Salmo 24, 3-6)

¿Qué se necesita para que el «estar en el recinto santo» pueda significar una verdadera intención de abrir el corazón al Señor?

Se necesita transparencia, virtud verdadera, sintonía del corazón con las exigencias de la justicia. La actitud orante, debe ser señal de una voluntad orante, y ésta sólo es posible con una condición: que el hombre, teniendo el corazón en la sintonía de Dios, desee y busque en verdad y sinceramente la comunión personal con Dios.

«El hombre de manos inocentes y limpio corazón» es el que pertenece a la «generación de los que buscan a Dios», a la generación de los verdaderos orantes (cf. Am 5, 4-14; 1 Tim 1, 8; Mt 5, 23-24). Sólo éstos son capaces de hacer que su pensamiento interior coincida con lo que expresa externamente su acción religiosa. Estos, a diferencia de los hipócritas, pueden entrar en comunión con Dios expresando ante El la verdad de sí mismos.



ORA EN LO SECRETO Y SIN MUCHAS PALABRAS (Mt 6,5-6.7-8)

“Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que gustan de orar en las sinagogas y en las esquinas de las plazas bien plantados para ser vistos de los hombres; en verdad os digo que ya reciben su paga. Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará” (Mt 6,5-6).

* Esta enseñanza del Sermón de la Montaña, la entendemos en clave de oración, es el nuevo espíritu que ha de guiar al hombre evangélico, al discípulo de Jesús.

* La oración entendida como *diálogo personal del hombre con Dios* y de que la *verdad* es el valor primordial de toda oración. El orante expresa su verdad ante Dios. El Señor se fija en la pureza de intención y el secreto de la voluntad con que obra.

LA ORACIÓN, PALABRA DE VERDAD, ES PALABRA DEL CORAZÓN

A Dios, «que ve en lo secreto», se lo encuentra «en lo secreto»: se trata de una actividad que pertenece a la esfera de la *intimidad de la conciencia*. Esa interioridad exige que el orante comprometa ante Dios *la propia verdad personal*. El concepto de «secreto» denota interioridad: y ésta se contrapone a la falsedad que caracteriza a los que tan sólo buscan aparentar, a los *hipócritas*.

El orante está expresando ante Dios su *ser interior*; es decir, la suma de aquellos valores personales que a los ojos de Dios constituyen su verdad en cuanto individuo autónomo y

responsable. Cuando oramos, le estamos diciendo a Dios lo que somos realmente ante Su mirada.

Lo que somos realmente ante Dios la Biblia lo engloba en la palabra *corazón* (cf Lc 6, 43-45). Esa intimidad de nuestro ser de la que nace nuestro proceder exterior; y también esa sede de verdad que es la antítesis del engaño que ofrecen las apariencias. El hombre ora a Dios de verdad, se comunica realmente con El, cuando ofrece a Dios *su persona*, cuando deja que su *corazón* eleve al cielo su voz, que es siempre voz de verdad.

Dios no se deja engañar por las apariencias, porque puede «ver el corazón» (1 Sam 16, 7). Sería absurdo tratar de llegar a Dios con una voz orante que no fuese la del *corazón*, la de ese «secreto» personal donde penetra con intuición infalible la mirada de Dios. La relación Dios-hombre ha de basarse en la verdad.

Dejar que hable el corazón es la primera exigencia de la oración. Orar es hablar con Dios, y Dios sólo entiende la voz de la verdad. Este es, en sentido general, el significado de la advertencia de Jesús: «Tú, cuando ores, entra en tu habitación, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto».

El «secreto» del orante consiste en la intención de presentar a Dios la verdad del propio corazón, libre de todas las interferencias que puedan empañar su pureza. Dios «ve en lo secreto», es decir, ve lo que el hombre no alcanza a ver; la auténtica verdad escondida en el corazón del hombre.

Cuando oramos, no lo hacemos buscando que Dios nos recompense o que el Padre celestial nos responda, como si esto fuera algo sobreañadido a la oración. El ser escuchados por Dios es algo immanente al acto de orar. En el mismo hecho de orar el orante recibe ya su recompensa.

Orar es ponerse en comunión con Dios, y la oración es ejercicio y testimonio de esa comunión. El orante dice a Dios una palabra que el propio Dios pronuncia en su interior. Oramos «por el Espíritu» (Ef 6,18; cf Rom 8, 26), oramos gracias al don divino que se nos ha dado. El premio de la oración es la propia oración, ya que es una gracia divina el poder elevar a Dios nuestro corazón.

ORACIÓN VERDADERA Y PUREZA DE CORAZÓN

La oración -palabra del corazón, por ser palabra de verdad-, presupone un corazón capaz de abrirse a la comunión con Dios.

El texto de Mc 12,38-40 nos previene de que no puede darse una auténtica oración sin un testimonio de vida. No es posible elevar a Dios, en comunión de voluntades, un corazón que no esté en sintonía con las exigencias del reino de Dios y su justicia (cf. Mt 6, 33; 7,21).

Si falta este valor la oración queda reducida a un ejercicio meramente externo. Es lo que los profetas llamaban rasgarse las vestiduras y no el corazón (Jl 2,13), honrar a Dios sólo con los labios (Is 29, 13), ofrecer a Dios sacrificios que no son «de alabanza», ya que no expresan la ofrenda de la propia persona. (cf. Is 1,15-17; Am 5, 21-24; Miq 6, 6-8; Sal 50, 8-15.23; 51,17-19 ...).

A la luz de Mc 12, 38-40, las palabras de Mt 6, 5-56 sobre la oración, son una invitación a convertir nuestro corazón. Sólo busca a Dios en la oración el que ya, en alguna medida, le ha encontrado.

Las miras del verdadero orante están puestas en la comunión con Dios, y sólo son capaces de esto aquellos cuyo corazón esté suficientemente sintonizado con el Señor. «Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón» (Mt 6, 21).